

Agatha Christie[®]



**PROBLEMA
EN POLLENSA**

booket

Agatha Christie

Problema en Pollensa

Traducción de Stella De Cal



PROBLEMA EN POLLENSA

El barco de la línea de Barcelona a Palma de Mallorca dejó a Parker Pyne en esta última capital a primera hora de la mañana. Inmediatamente, Parker Pyne sufrió una desilusión. Los hoteles estaban llenos. Lo único que pudieron ofrecerle fue un cuchitril sin ventilación y con vistas a un patio interior en un hotel del centro de la ciudad, y el señor Parker Pyne no estaba dispuesto a conformarse con eso. El dueño del hotel se mostró indiferente ante su desilusión.

—¿Qué quiere que le diga? —observó, y se encogió de hombros.

¡Palma se había puesto de moda! El cambio de divisas resultaba favorable. Todos, ingleses y estadounidenses, iban a pasar el invierno a Mallorca. El lugar estaba abarrotado. Dudaba mucho que un caballero inglés pudiera encontrar sitio en ninguna parte..., excepto, quizá, en Formentor, donde los precios eran tan elevados que incluso los extranjeros se lo pensaban dos veces.

Parker Pyne tomó un café y un bollo y salió a ver la

catedral, aunque no estaba de humor para apreciar bellezas arquitectónicas.

Luego, mantuvo una conversación con un servicial taxista, en un mal francés mezclado con castellano, en la que discutieron los méritos y las posibilidades de Sóller, Alcudia, Pollensa y Formentor, donde aún había hoteles con habitaciones libres, pero muy caras.

Parker Pyne quiso saber el precio.

Según le dijo el taxista, cobraban unas tarifas que era absurdo y ridículo pagar. ¿Acaso no sabía todo el mundo que los ingleses iban a Mallorca porque los precios eran muy razonables?

Parker Pyne dijo que así era, en efecto. Aunque, de todos modos, ¿cuánto cobraban en Formentor?

¡Una cantidad increíble!

Muy bien, pero ¿cuál exactamente?

El taxista se decidió por fin a contestar con cifras.

Recién llegado de Jerusalén y Egipto, y acostumbrado a los precios de los hoteles de allí, la cifra no le impresionó demasiado.

Se pusieron de acuerdo: cargaron con poco cuidado las maletas de Parker Pyne en el taxi y se fueron a dar la vuelta a la isla, probando suerte en los hoteles más económicos que encontraron en la ruta, aunque el objetivo final era Formentor.

Sin embargo, nunca llegaron al centro para adinerados porque, después de avanzar por las estrechas calles de Pollensa siguiendo la sinuosa línea de la costa, llegaron al hotel Pino d'Oro, un pequeño establecimiento situado a orillas del mar, con una vista que, en

medio de la neblina de aquella hermosa mañana, tenía la exquisita vaguedad de una lámina japonesa. Parker Pyne comprendió enseguida que aquél, y sólo aquél, era el lugar que buscaba. Hizo parar el taxi y cruzó la verja pintada, con la esperanza de encontrar habitación libre.

Los propietarios del hotel, un matrimonio de mediana edad, no hablaban inglés ni francés. Sin embargo, el asunto se resolvió satisfactoriamente. Le adjudicaron una habitación con vistas al mar, y el taxista, después de descargar las maletas y felicitar a su cliente por haberse librado de las monstruosas exigencias de «esos hoteles modernos», recibió su dinero y se marchó, despidiéndose con un alegre saludo.

Parker Pyne echó una ojeada a su reloj y, al ver que sólo eran las diez menos cuarto, salió a la pequeña terraza bañada por la deslumbrante luz de la mañana y pidió, por segunda vez en aquel día, café y unos bollos.

En la terraza había cuatro mesas: la suya, otra de la que estaban retirando el servicio del desayuno y dos más, ocupadas. Alrededor de la mesa más próxima a la suya se sentaba una familia alemana: el padre, la madre y dos hijas ya mayores. Más allá, en un rincón de la terraza, ocupaban la otra mesa una madre y un hijo, sin duda alguna ingleses.

La mujer tendría unos cincuenta y cinco años. Su cabello era gris, de un bonito tono, llevaba un traje de chaqueta de *tweed*, más práctico que elegante, y mostraba ese aire de seguridad en sí misma que distingue

a las mujeres inglesas acostumbradas a viajar con frecuencia al extranjero.

El joven sentado frente a ella tendría unos veinticinco años y era también un ejemplar típico de su clase y su edad. No era ni guapo ni feo, ni alto ni bajo. Resultaba evidente que se llevaba muy bien con su madre —bromeaban alegremente entre ellos— y que estaba pendiente de ella.

En una ocasión, la mirada de la mujer se cruzó con la de Parker Pyne. Ella la apartó con la indiferencia propia de una persona bien educada, pero él no pasó por alto que lo había visto y clasificado.

Habían advertido que era inglés y estaba seguro de que, a su debido tiempo, se dirigirían a él con una observación agradable e insulsa.

Parker Pyne no tenía nada que objetar. Los compatriotas que encontraba en el extranjero solían resultarle un tanto aburridos, pero estaba dispuesto a dar los buenos días con amabilidad. En un hotel pequeño resultaba incómodo no hacerlo. Estaba convencido de que aquélla era una mujer con unos excelentes «modales de hotel», como él solía decir.

El joven inglés se levantó de su asiento, hizo un comentario divertido y entró en el edificio. La mujer cogió las cartas y su bolso y se acomodó en una silla frente al mar, donde desdobló un ejemplar del *Continental Daily Mail*. En esa posición le daba la espalda a Parker Pyne.

Mientras apuraba el último sorbo del café, éste miró en su dirección y se puso tenso de inmediato. Su

inquietud se debió a que ya veía venir que la paz de sus vacaciones iba a verse turbada. Aquella espalda era terriblemente expresiva. A lo largo de su vida, había clasificado muchas espaldas como ésa. La rigidez, la tirantez de la postura. Sin verle la cara, estaba seguro de que los ojos de la mujer estaban llenos de lágrimas, que dominaba sólo gracias a un gran esfuerzo.

Con mucha cautela, como un animal acorralado, Parker Pyne se retiró al hotel. No hacía ni media hora que le habían pedido que inscribiera su nombre en el libro de registro de huéspedes. Allí estaba ahora su firma: «C. Parker Pyne, Londres».

Unas líneas más arriba, Parker Pyne leyó: «Señora R. Chester, señor Basil Chester, Holm Park, Devon».

Parker Pyne cogió una pluma y escribió con rapidez sobre su firma. Ahora se leía con dificultad: «Christopher Pyne».

Parker Pyne se había maravillado muchas veces al tropezar en el extranjero con tantísimos compatriotas que conocían su nombre y habían visto sus anuncios. En Inglaterra, varios miles de personas leían a diario el *Times* y podían decir, sin faltar a la verdad, que no habían oído ese nombre en su vida. En el extranjero, reflexionó, la gente leía los periódicos más a fondo. No se le escapaba nada, ni siquiera los anuncios.

Sus vacaciones se habían visto interrumpidas en varias ocasiones. Había tenido que enfrentarse a problemas diversos, desde el asesinato hasta el intento de chantaje. Esta vez, en Mallorca, estaba decidido a disfrutar de la paz y el sosiego. Su instinto le advertía que

una madre acongojada podía turbar considerablemente esa calma.

Parker Pyne se instaló en el Pino d'Oro y enseguida se encontró muy a gusto. No lejos de allí había un hotel más grande, el Mariposa, donde se alojaban muchos ingleses. En la zona había también una vistosa colonia de artistas. Se podía ir andando por la orilla del mar hasta el pueblecito de pescadores para disfrutar de un bar en el que se reunía la gente local, además de diversas tiendecitas. Todo resultaba muy tranquilo y agradable. Las chicas se paseaban en pantalones y con el busto cubierto por pañuelos de vivos colores. En el bar Mac's, jóvenes con boina y pelo largo peroraban sobre temas como los valores plásticos o el arte abstracto.

Al día siguiente de la llegada de Parker Pyne, la señora Chester le hizo varios comentarios convencionales acerca de la belleza de las vistas y la probabilidad de que continuara el buen tiempo. Luego charló un rato sobre labores de punto con la huésped alemana e intercambió unas palabras corteses acerca de la gravedad de la situación política con dos daneses que se levantaban al alba y andaban once horas diarias.

A Parker Pyne le pareció que Basil Chester era un muchacho muy agradable. Llamaba «señor» a Parker Pyne y escuchaba educadamente todo lo que éste decía. En varias ocasiones, los tres ingleses tomaron el café juntos después de cenar. A partir del tercer día, Basil acostumbó a marcharse al cabo de unos diez minutos y a dejar a Parker Pyne a solas con la señora Chester.

Hablaban de flores y de su cultivo, de la lamentable situación de la libra esterlina, de lo cara que era Francia y de lo difícil que resultaba conseguir allí una buena taza de té.

Todas las noches, Parker Pyne observaba cómo, al marcharse su hijo, los labios de la señora Chester temblaban, aunque enseguida se recobraba y disertaba en tono amable sobre temas convencionales.

Poco a poco empezó a hablar de Basil, de sus éxitos en el colegio, de cuánto lo quería todo el mundo, de lo orgulloso que habría estado el padre de él si viviera y de las gracias que tenía que dar al cielo porque Basil nunca había sido uno de esos jóvenes «turbulentos».

—Como es natural, yo siempre insisto en que vaya con gente joven, pero parece que prefiere estar conmigo —explicó la señora Chester con una especie de modesta satisfacción.

Pero Parker Pyne no respondió con la típica frase convencional y correcta que por lo general emitía de manera espontánea, sino que comentó:

—¡Ah, bueno! Esto está lleno de gente joven; no el hotel, claro, pero sí los alrededores.

Al decir esto, observó que la señora Chester se ponía tensa. Ella afirmó que por supuesto había muchos artistas, pero que quizá ella estuviera chapada a la antigua, ya que en su opinión el auténtico arte era, desde luego, otra cosa. El problema era que muchos jóvenes se escudaban en el arte para gandulear y no hacer nada, y, además, las chicas bebían demasiado.

Al día siguiente, Basil se encontró con Parker Pyne, y comentó:

—Me alegro muchísimo de que apareciera usted por aquí, señor, en particular por mi madre. Le gusta hablar con usted por las noches.

—¿Qué solían hacer ustedes antes de mi llegada?

—Jugábamos al *piquet*.¹

—Ya.

—Claro que uno acaba cansándose del *piquet*. La verdad es que tengo aquí unos amigos, una pandilla estupenda, muy animada. No creo que a mi madre le parezcan muy recomendables. —Se rio, como si la idea le pareciera divertida—. Mi madre está muy chapsada a la antigua. ¡Hasta se escandaliza cuando ve a una chica en pantalones!

—Ya veo —dijo Parker Pyne.

—Lo que yo le digo es que uno tiene que evolucionar con los tiempos. Donde vivimos nosotros, las chicas son aburridísimas.

—Ya —asintió Parker Pyne.

Todo aquello le resultaba muy interesante. Era espectador de un drama en miniatura y además no lo hacían intervenir en él.

Y entonces ocurrió lo peor que podía ocurrir, desde el punto de vista de Parker Pyne. Una conocida suya,

1. Juego muy popular en las ferias inglesas. Consiste en tratar de derribar, con una pelota, un coco colocado sobre un palo vertical. El que lo consigue gana un coco como premio. (N. de la t.)

muy escandalosa, se instaló en el Mariposa. Se encontraron en el salón de té, mientras él estaba con la señora Chester.

—¡Vaya si no es el señor Parker Pyne, el mismísimo Parker Pyne! —gritó la recién llegada—. ¡Y Adela Chester! ¿Se conocen ustedes? ¿Ah, sí? ¿Se alojan en el mismo hotel? Adela, este hombre es único, un auténtico mago, la maravilla de este siglo. Resuelve todos los problemas en cinco minutos. ¿No lo sabías? ¡Tienes que haber oído hablar de él! ¿No has leído los anuncios? «¿Tiene usted un problema? Consulte al señor Parker Pyne.» Para él no hay nada imposible. Maridos y mujeres que se tiran de los pelos y que él consigue que se reconcilien. Y si has perdido el interés por la vida, te proporcionará las aventuras más emocionantes. Sí, como te lo digo. Es un mago.

Continuó durante un buen rato, interrumpida de vez en cuando por las modestas protestas de Parker Pyne. A éste no acabó de gustarle la mirada que le dirigió la señora Chester. Y aún le gustó menos verla regresar por la playa, confabulada con aquella mujer que alababa sus glorias.

El momento álgido llegó antes de lo que esperaba. Aquella noche, después de tomar el café, la señora Chester dijo de pronto:

—¿Quiere venir al saloncito, señor Pyne? Me gustaría hablar con usted de un asunto.

A Parker Pyne no le quedó más remedio que inclinarse y obedecer.

La capacidad de autodomínio de la señora Chester

se había ido debilitando mientras andaba, y, al cerrar la puerta del saloncito, se desplomó y se deshizo en lágrimas.

—Se trata de mi hijo, señor Parker Pyne. Tiene usted que salvarlo. Tenemos que salvarlo. ¡Este asunto me está destrozando!

—Mi querida señora, como un mero desconocido, yo...

—Nina Wycherley dice que usted puede solucionar cualquier cosa. Según ella, debo depositar en usted toda mi confianza. Contárselo todo... Y dice que usted lo arreglará.

Parker maldijo para sus adentros a la entrometida señora Wycherley.

—Bueno, vamos a discutir el caso a fondo —accedió, resignado—. Hay una chica, supongo.

—¿Le ha hablado a usted de ella?

—Sólo de manera indirecta.

La señora Chester dejó escapar un torrente de palabras. La chica era horrible. Bebía, soltaba tacos, no sabía vestir... Su hermana vivía por allí cerca y estaba casada con un artista, un holandés. Todos eran unos perfectos indeseables. Muchos vivían juntos sin estar casados. Basil había cambiado completamente. Siempre había sido muy tranquilo y se había interesado por las cosas serias. Incluso había pensado en dedicarse a la arqueología.

—Bueno, bueno —dijo Parker Pyne—. La naturaleza tiene que resarcirse.

—¿Qué quiere usted decir?

—No es saludable para un muchacho interesarse por las cosas formales. Lo lógico es hacer el tonto con una chica detrás de otra.

—Por favor, hable usted en serio, señor Pyne.

—Estoy hablando del todo en serio. ¿No será esa señorita, por casualidad, la que tomó el té ayer con ustedes?

Se había fijado en ella —pantalones de franela gris, un pañuelo escarlata atado de cualquier manera alrededor del busto, la boca muy pintada— y en el hecho de que había pedido un cóctel en lugar de té.

—¿La vio usted? ¡Horrible! No es de la clase de chicas que le gustan a Basil.

—No le ha dado usted muchas oportunidades de que le gustara ninguna chica, ¿verdad?

—¿Yo?

—Ha estado siempre demasiado pegado a usted. ¡Mala cosa! Sin embargo, lo superará si usted no precipita las cosas.

—Creo que no lo ha entendido. Quiere casarse con esa chica; Betty Gregg, se llama. Están comprometidos.

—¿Tan lejos han llegado?

—Sí. Señor Parker Pyne, tiene usted que hacer algo. ¡Tiene que librar a mi hijo de ese desastroso matrimonio! Le destrozaría la vida.

—Nadie destroza la vida de nadie, salvo uno mismo.

—Ese matrimonio destrozaría la de Basil —dijo la señora Chester categóricamente.

—No es Basil quien me preocupa.

—No será la chica...

—No, quien me preocupa es usted, señora Chester. Está malgastando su vida.

La señora Chester lo miró un poco sorprendida.

—De los veinte a los cuarenta, uno vive encadenado por relaciones personales y afectivas. Así debe ser; es como funciona la vida. Pero más tarde, llega una nueva etapa. Uno puede pensar, observar la vida, descubrir algo sobre sus semejantes y la verdad sobre uno mismo. La vida se vuelve más real, adquiere mayor importancia. Es posible verla como un todo, no sólo como una escena, la escena que uno, en tanto que actor, está interpretando. Ningún hombre, ni ninguna mujer, es realmente él mismo hasta pasados los cuarenta y cinco. Es entonces cuando la individualidad tiene su oportunidad.

—Me he dedicado siempre a él —adujo la señora Chester—. Basil lo ha sido todo para mí.

—Pues no debería haberlo sido. Ahora sufre usted las consecuencias. Quiéralo todo lo que le parezca, pero no olvide que es usted Adela Chester, una persona en sí misma, no únicamente la madre de Basil.

—Para mí sería horrible ver a mi hijo con la vida destrozada —insistió la madre de Basil.

Parker Pyne contempló los delicados rasgos de su cara, la boca anhelante. Era una mujer encantadora. No quería verla sufrir.

—Veré lo que puedo hacer —dijo.

Encontró a Basil Chester con muchas ganas de hablar, ansioso por compartir su punto de vista respecto a aquel asunto.

—Esto es un infierno. Mi madre es imposible. Está llena de prejuicios y tiene una mente muy cerrada. Si no estuviera tan obcecada, se daría cuenta de lo que vale Betty.

—¿Y Betty?

Basil lanzó un suspiro.

—¡Betty está de lo más difícil! Si transigiera un poco..., quiero decir, si algún día no se pintara tanto, todo sería distinto. Parece como si quisiera hacer todo lo posible por... bueno, por resultar moderna cuando mi madre está delante.

Parker Pyne sonrió.

—Betty y mi madre son las dos personas que más quiero en el mundo. Creí que las dos serían uña y carne.

—Tiene usted mucho que aprender, joven —dijo Parker Pyne.

—Me gustaría que viniese usted conmigo a ver a Betty y hablara con ella de todo esto.

Parker Pyne aceptó encantado la invitación.

Betty, su hermana y su cuñado vivían en una casa destartalada, un poco alejada del mar. Su vida era de una sencillez reconfortante. Los muebles consistían en tres sillas, una mesa y las camas. Había un aparador en la pared con los platos y las tazas indispensables. Hans era un joven apasionado, con el cabello rubio revuelto y de punta. Hablaba inglés con un acento muy

raro y a una velocidad increíble, y se paseaba de un lado a otro de la habitación. Stella, su mujer, era rubia y bajita. Betty Gregg era pelirroja, con pecas y mirada traviesa. Parker Pyne observó que iba mucho menos maquillada que el día anterior en el Pino d'Oro.

La chica le ofreció un cóctel y preguntó, con ojos chispeantes:

—¿Está usted informado de todo el asunto?

Parker Pyne asintió.

—¿Y de qué lado se ha puesto, señor mío? ¿Del de los jóvenes enamorados o del de la dama intransigente?

—¿Me permite que le haga una pregunta?

—Desde luego.

—¿Ha llevado usted este asunto con tacto?

—En absoluto —reconoció la señorita Gregg con franqueza—. Pero es que esa bruja me pone negra. —Echó una ojeada a su alrededor para asegurarse de que Basil no podía oírla—. Me saca completamente de quicio. Ha tenido a Basil pegado a sus faldas durante todos estos años, y eso hace que un hombre parezca tonto. Y en realidad, Basil no es tonto. Pero ella es tan sumamente *pukka sahib*...

—Eso no es tan malo. Lo que pasa es que, en la actualidad, resulta «anticuado».

Betty Gregg le guiñó un ojo.

—¿Quiere usted decir que es como guardar en el desván unas sillas Chippendale de la época victoriana? Luego las vuelve uno a bajar y dice: «¿Verdad que son maravillosas?».

—Algo así.

Betty Gregg consideró la cuestión.

—Puede que tenga usted razón. Voy a serle sincera: es Basil el que me pone negra... ¡Estaba tan preocupado por la impresión que pudiera causarle a su madre! Eso me hizo exagerar las cosas. Ahora incluso creo que sería capaz de dejarme, si su madre se lo propusiera en serio.

—Quizá —convino Parker Pyne—, si ella enfocase bien el asunto.

—¿Va usted a decirle cómo enfocarlo? Porque por sí sola ella no sabría cómo hacerlo. Lo único que hará es seguir incordiando y eso no servirá de nada. Pero si usted la aconseja... —Se mordió los labios y lo miró con sus ojos azules y francos—. He oído hablar de usted, señor Parker Pyne. Se dice que conoce bien la naturaleza humana. ¿Cree que Basil y yo podríamos llevarnos bien?

—Me gustaría que contestara usted a tres preguntas.

—¿Un test de compatibilidad? Muy bien, adelante.

—¿Duerme usted con la ventana abierta o cerrada?

—Abierta. Me gusta que entre mucho aire.

—¿Tienen Basil y usted los mismos gustos respecto a la comida?

—Sí.

—¿Le gusta acostarse tarde o temprano?

—Le diré en confianza que temprano. A las diez y media empiezo a bostezar y por la mañana me siento llena de vida... Claro que nunca lo admitiría.

—Creo que podrían llevarse ustedes muy bien —concluyó Parker Pyne.

—Un test un poco superficial.

—Nada de eso. He conocido por lo menos siete matrimonios que fracasaron por completo porque al marido le gustaba estar levantado hasta las doce y la mujer se quedaba dormida a las nueve y media, y viceversa.

—Es una lástima que no todo el mundo pueda ser feliz —dijo Betty—. Que Basil y yo estemos juntos, y su madre no nos dé su bendición.

Parker Pyne tosió.

—Creo —repuso— que eso podría arreglarse.

Ella lo miró, recelosa.

—¿No me estará usted engañando? —preguntó.

El rostro de Parker Pyne permaneció inescrutable.

Parker Pyne animó a la señora Chester con unas cuantas vaguedades. Que hubiera un noviazgo no implicaba necesariamente una boda. Él se marchaba una semana a Sóller; le aconsejó que adoptara una actitud diplomática y que fingiera aceptar los hechos.

En Sóller, Parker Pyne pasó una semana muy agradable.

A su regreso, se encontró con que había ocurrido algo completamente inesperado.

Al entrar en el Pino d'Oro, lo primero que vio fue a la señora Chester y a Betty Gregg tomando el té juntas. Basil no estaba. La señora Chester tenía un aspecto demacrado y Betty no lucía mucho mejor que ella.

Apenas iba maquillada y daba la impresión de haber llorado.

Ambas lo saludaron con amabilidad, pero ninguna de las dos mencionó a Basil.

De pronto, Parker Pyne oyó que Betty contenía la respiración bruscamente, como si algo le hubiera hecho daño. Parker Pyne volvió la cabeza.

Basil Chester subía la escalera que llevaba al mar. Con él iba una chica tan hermosa y exótica que lo dejaba a uno sin habla. Era morena y con una figura espléndida. Nadie podía dejar de reparar en ella porque no llevaba otra cosa que un sencillo vestido de gasa azul. Iba muy maquillada, con polvos de color ocre y los labios de un tono entre naranja y rojo intenso, pero el maquillaje no hacía sino acentuar su notable belleza. En cuanto al joven Basil, parecía incapaz de apartar la vista de ella.

—Llegas muy tarde, Basil —lo reprendió su madre—. Tenías que llevar a Betty al Mac's.

—Ha sido culpa mía —dijo la hermosa desconocida, con un tono encantador—. El tiempo se nos ha pasado sin darnos cuenta. —Se volvió hacia Basil—: Cielo, tráeme algo de beber que sea fuertecito.

Se quitó los zapatos y estiró los pies, cuyas uñas llevaba pintadas de verde esmeralda, a juego con las uñas de las manos.

No hizo el menor caso a las dos mujeres, pero se inclinó un poco hacia Parker Pyne.

—¡Qué isla más horrible! —comentó—. Me moría de aburrimiento antes de conocer a Basil. Es un ángel.

—Señor Parker Pyne, la señorita Ramona —dijo la señora Chester.

La chica respondió a la presentación con una sonrisa lánguida.

—Creo que no tardaré en llamarlo Parker —murmuró—. Yo me llamo Dolores.

Basil volvió con las bebidas. Dolores repartió su conversación (las pocas palabras que decía, pues casi toda su comunicación se reducía a miradas) entre Basil y Parker Pyne. A las dos mujeres no les hizo el menor caso. Betty trató de intervenir en la conversación una o dos veces, pero la otra chica se limitó a mirarla y a bostezar.

De pronto, Dolores se levantó.

—Creo que me voy. Estoy en el otro hotel, ¿alguien me acompaña?

Basil se puso en pie de un salto.

—Voy contigo.

—Basil, hijo... —dijo la señora Chester.

—Volveré pronto, mamá.

—Miren al niño de mamá —dijo Dolores, sin dirigirse a nadie en particular—. Siempre pegadito a sus faldas.

Basil se sonrojó, desconcertado. Dolores hizo un gesto de despedida con la cabeza en dirección a la señora Chester, dedicó a Parker Pyne una sonrisa deslumbrante y se marchó con Basil.

Tras su partida, se produjo un silencio incómodo. Parker Pyne no quería ser el primero en hablar. Betty Gregg se retorció los dedos y miraba el mar. A la señora Chester se la veía turbada e indignada.

—Bueno, ¿qué le parece nuestra última adquisición en la bahía de Pollensa? —preguntó Betty con voz algo insegura.

—Un poquitín... esto... exótica —respondió Parker Pyne con cautela.

—¿Exótica? —Betty soltó una risita amarga.

—Es espantosa, ¡espantosa! Basil debe de estar loco —afirmó la señora Chester.

—¡Basil está muy cuerdo! —opinó Betty, tajante.

—¡Qué uñas! —dijo la señora Chester, y se estremeció en un gesto de repugnancia.

Betty se levantó bruscamente.

—Creo, señora Chester, que es mejor que me vaya a casa y no me quede a cenar.

—Pero, querida, Basil se llevará una desilusión.

—¿Usted cree? —preguntó Betty con una risita irónica—. De todos modos, me duele la cabeza.

Les dedicó una sonrisa y se marchó. La señora Chester se volvió hacia Parker Pyne.

—¡Ojalá no hubiéramos venido nunca a este lugar! ¡Nunca!

Parker Pyne meneó tristemente la cabeza.

—No debería haberse usted marchado —añadió la señora Chester—. Si hubiera estado aquí, esto no habría ocurrido.

—Señora mía —no pudo evitar contestar Parker Pyne—, le aseguro a usted que, tratándose de una chica guapa, mi influencia sobre su hijo no habría servido de nada. Parece tener una naturaleza muy impresionable.

—Nunca había sido así —repuso la señora Chester, muy compungida.

—Bueno —dijo Parker Pyne en un intento de animarla—, parece que esta nueva atracción ha dado al traste con su pasión por la señorita Gregg. Supongo que se sentirá satisfecha con eso.

—No sé a qué se refiere —replicó la señora Chester—. Betty es una chiquilla encantadora y quiere mucho a Basil. Se está portando muy bien, dadas las circunstancias. Mi hijo debe de estar loco.

Parker Pyne recibió este sorprendente cambio de postura sin pestañear. Conocía por experiencia propia la inconstancia femenina.

—Loco no —dijo suavemente—, sólo embrujado.

—¡Esa criatura es horrible!

—Pero guapísima.

La señora Chester soltó un bufido de indignación. Basil regresó por los peldaños que daban a la playa.

—Hola, mamá. Aquí estoy. ¿Dónde está Betty?

—Betty se ha marchado a su casa. Le dolía la cabeza, y no me extraña.

—Quieres decir que estaba enfadada...

—Me parece, Basil, que te estás portando muy mal con Betty.

—Por Dios, mamá, no me sermonees. Si Betty se va a poner así cada vez que hable con otra chica, menuda vida me espera.

—Estás prometido.

—¡Claro que lo estoy! Pero eso no quiere decir que cada uno no pueda tener sus propias amistades. En

estos tiempos, la gente tiene que vivir su vida y dejar de lado los celos. —Guardó silencio durante un momento—. Mira, si Betty no va a cenar con nosotros, me voy al Mariposa. Me han pedido que me quedara a cenar.

—Pero, Basil...

El muchacho le lanzó una mirada de exasperación y bajó corriendo los peldaños.

La señora Chester dirigió, a su vez, una elocuente mirada a Parker Pyne.

—Ya ve usted —dijo.

Sí, ya veía.

La crisis sobrevino dos días después. Betty y Basil habían planeado dar un largo paseo y llevarse la merienda. Betty llegó al Pino d'Oro y se encontró con que Basil se había olvidado del plan y había ido a pasar el día a Formentor con el grupo de Dolores Ramona.

Como única reacción, Betty se limitó a apretar los labios. Sin embargo, poco después se levantó y se quedó de pie frente a la señora Chester. Estaban las dos solas en la terraza.

—Muy bien —dijo—. No importa. No obstante, creo que lo mejor es que demos el asunto por terminado.

Se sacó del dedo el anillo que Basil le había regalado, a la espera de comprar el verdadero anillo de compromiso.

—¿Quiere usted devolverle esto, señora Chester? Y díglele que no pasa nada, que no se preocupe.

—¡Betty, querida, por favor! ¡Él te quiere, de verdad!

—Eso parecía —dijo la chica con una risita amarga—. No, yo tengo mi orgullo. Dígale que no se preocupe y... que le deseo suerte.

Cuando Basil regresó al atardecer, le esperaba una bronca. Se sonrojó un poco al ver el anillo.

—Así que eso es lo que piensa. Bueno, puede que sea lo mejor.

—¡Basil!

—La verdad, mamá, diría que últimamente no nos hemos llevado muy bien.

—¿Y de quién es la culpa?

—No creo que haya sido precisamente mía. Los celos son algo horrible y, además, no sé por qué has de disgustarte tanto. Tú misma me suplicaste que no me casara con Betty.

—Eso fue antes de conocerla bien. Basil, querido, ¿no pensarás casarte con esa otra?

Basil Chester respondió con calma:

—Me casaría sin dudarlo si ella me quisiera, pero me temo que no es así.

La señora Chester sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral. Fue en busca de Parker Pyne y lo encontró en un rincón tranquilo, leyendo plácidamente un libro.

—¡Tiene usted que hacer algo! ¡Tiene usted que hacer algo! ¡Mi hijo va a arruinar su vida de un momento a otro!

Parker Pyne se estaba cansando un poco de la ruina de la vida de Basil Chester.

—¿Qué quiere usted que haga?

—Vaya a ver a esa horrible criatura. Si es necesario, dele dinero.

—Puede que resulte muy caro.

—No me importa.

—Sería una lástima. Puede que haya otros medios.

Ella lo interrogó con la mirada, pero Parker Pyne negó con la cabeza.

—No prometo nada, aunque veré lo que puedo hacer. Conozco ese tipo de mujeres. Por cierto, ni una palabra de esto a Basil; sería el fin.

—Claro que no.

Parker Pyne volvió del Mariposa a medianoche. La señora Chester lo esperaba.

—¿Qué hay? —le preguntó, casi sin aliento.

Los ojos de Parker Pyne chispearon.

—La señora Dolores Ramona se irá de Pollensa mañana por la mañana y abandonará la isla mañana por la noche.

—¡Oh, señor Parker Pyne! ¿Cómo lo ha conseguido?

—No le costará ni un céntimo —dijo Parker Pyne, mientras los ojos le brillaban de nuevo—. Pensé que a lo mejor podía influir en ella, y no me equivocaba.

—Es usted maravilloso. Nina Wycherley tenía razón. Tiene usted que decirme cuáles son sus honorarios.

Parker Pyne levantó su cuidada mano.

—Ni un penique. Ha sido un placer y espero que todo salga bien. Claro que, al principio, el chico se sen-

tirá muy disgustado al enterarse de que ella ha desaparecido sin dejar su dirección. Trátelo bien durante una semana o dos.

—Si Betty lo perdonara...

—Claro que lo perdonará. Son una pareja simpática. Por cierto, yo también me marcho mañana; tengo que ir a Londres.

—Lo vamos a echar de menos, señor Parker Pyne.

—Puede que sea mejor que me vaya antes de que su hijo se encapriche de una tercera chica.

Parker Pyne se inclinó sobre la borda del barco y miró las luces de Palma. A su lado estaba Dolores Ramona.

—Buen trabajo, Madeleine —dijo él, complacido—. Me alegro de haberle mandado el telegrama pidiéndole que viniera. Es extraño, siendo usted una chica tan casera y tranquila.

Madeleine de Sara, alias Dolores Ramona, alias Maggie Sayers, contestó con serenidad:

—Me alegro de que esté contento, señor Parker Pyne. A mí me ha servido para romper la monotonía de una manera muy agradable. Bueno, voy abajo a acostarme antes de que salga el barco. Soy muy mala marinera.

Al cabo de unos minutos, una mano se posó en el hombro de Parker Pyne. Al volverse, se encontró de cara con el joven Basil Chester.

—He querido venir a despedirlo, señor Parker Pyne, a transmitirle el afecto de Betty y a darle las gracias en su nombre y en el mío propio. Su estratagema ha sido

brillante. Ahora Betty y mamá son uña y carne. Ha sido una pena tener que engañar a la pobrecita, pero es que se estaba poniendo muy difícil. Bueno, ahora todo va bien. Sólo debo estar pendiente de seguir de mal humor unos días. Betty y yo nunca podremos agradecerse lo bastante.

—Les deseo que sean muy felices —dijo Parker Pyne.

—Gracias.

Se produjo un silencio. Luego Basil preguntó, con indiferencia un tanto exagerada:

—¿Está la señorita De Sara por aquí? Me gustaría darle las gracias a ella también.

Parker Pyne le dirigió una mirada penetrante.

—Lo siento —contestó—, la señorita De Sara se ha acostado.

—Bueno, mala suerte. Puede que algún día la vea en Londres.

—A decir verdad, en cuanto lleguemos se marchará a Estados Unidos a realizar un trabajo para mí.

—¡Ah! —exclamó Basil con voz inexpresiva—. Bueno, pues me voy.

Parker Pyne sonrió. De camino hacia su camarote, dio unos golpecitos en la puerta del de Madeleine.

—¿Cómo se encuentra, querida? ¿Bien? Ha estado aquí nuestro joven amigo. Padece el acostumbrado ataque leve de Madeleinitis. Se le pasará en un par de días, pero es usted perturbadora.